

La democracia, fuera del canon occidental

Javier de Lucas

Javier de Lucas es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universitat de València y director de la Casa de España de la Cité Universitaire de París.

Es asimismo director del Grupo de Estudios sobre Ciudadanía, Inmigración y Minorías de la Universitat de València. Es autor, entre otras obras, de

El desafío de las fronteras (Ediciones Temas de Hoy, 1994),

Europa: ¿convivir con la diferencia? (Tecnos, 1992),

Inmigrantes: ¿cómo los tenemos? Algunos desafíos y (malas) respuestas (Talas, 2002) y Globalización e identidades (Icaria, 2003).

UN MONOPOLIO QUE DESAPARECE

Uno de los cambios más interesantes que se han producido en esta primera década del siglo XXI es el que tiene que ver con cierta consecuencia del proceso de la globalización y de la multiculturalidad, tantas veces anunciada y nunca verificada: la aparición de una interlocución nueva acerca de las categorías básicas del vínculo social y político que creíamos patrimonio exclusivo de Occidente. Hablamos, sí, de jalones bien marcados: democracia ateniense, derecho romano, humanismo del Renacimiento, construcción de los Estados nacionales, revoluciones de los derechos humanos, revolución industrial, aparición del Estado del Bienestar... Y todo, producto de nuestra tradición y monopolio de la misma. *Extra occidente, nulla democracia*, se podría sostener.

Cuando los pasos del proceso de globalización se aceleraron y nuestras sociedades del norte rico comenzaron a tornarse multiculturales, surgieron las voces de alerta, ya sea en clave de lucha de civilizaciones o del supuesto virus antidemocrático propio del indefectible comunitarismo que la multiculturalidad comportaría: los Huntington, Sartori y *tutti quanti* así nos lo predicaron, desde una testaruda y paternalista concepción de la supremacía del canon occidental, argumentado por Bloom y por epígonos a lo Vargas Llosa.

Y, sin embargo, hay democracia y lucha por la democracia fuera de la autopista occidental, aunque algunos la proscriban como senderos siempre luminosos, fanáticos. Aung-San-su-Ki es un ejemplo. Pero lo fueron también los intentos sofocados en Argelia y Palestina, cuando el resultado no complacía a los vigilantes occidentales. Lo fue el movimiento encabezado por Marcos y, con todos los reproches que debe hacerse (pero, ¿acaso no se pueden formular en cuanto a las canónicas democracias de EEUU, el Reino Unido o Francia?), también Bolivia, Ecuador o Venezuela.

Sin embargo, el punto de inflexión más significativo lo ofrecen las revoluciones democráticas árabes que se han sucedido a lo largo de 2011 y, muy concretamente, la denominada «revolución de los jazmines» en Túnez. Y son significativas precisamente porque trascienden al contexto cultural e histórico en el que se están produciendo. Creo que eso es lo que ha sabido poner de relieve con perspicacia y rigor el profesor Sami Naïr en el libro que acaba de publicar sobre la revolución pionera de la llamada «Primavera árabe»: *La lección tunecina. Cómo la revolución de la dignidad ha derrotado al poder mafioso* (Galaxia Gutenberg).

Se trata, a mi juicio, de un ensayo que, aunque centrado básicamente en el caso de Túnez –cuyas claves analiza y explica de forma brillante y novedosa–, sobrepasa con mucho ese marco nacional. Además, sin ser un reportaje, como buena parte de los que se han publicado hasta ahora, sus primeras 150 páginas tienen en no poca medida el estilo ágil, la garra del mejor Kapucinski. Pero quizá lo más interesante es que el libro de Naïr constituye una

relevante contribución sobre algo que necesitamos con urgencia, una teoría de la democracia para nuestro mundo globalizado que supere el déficit del que hablaba al principio.

En efecto, como se ha repetido, nuestro problema es que las viejas categorías que nos permitían pensar lo político agonizan ante nuestros ojos, sin que sepamos cómo reemplazarlas. Y Naïr ofrece buenas pistas para ese necesario cambio de mentalidad. Lo consigue, en mi opinión, gracias a dos características de la argumentación que presenta. De una parte, el riguroso –casi exhaustivo– trabajo de documentación en pos de las fuentes primarias y de los testimonios más amplios de los protagonistas con los que se ha entrevistado, que incluye por ejemplo una inteligente utilización de los cables de la Embajada americana en Túnez, sacados a la luz por Wikileaks. Telegramas que ponen de relieve que esto era previsible al menos desde 2008, frente a lo que ha sostenido la opinión pública dominante, que prefiere hablar de sorpresas imprevisibles para justificar nuestra incapacidad de estar a la altura. Pero también, de otro lado, gracias a la capacidad de análisis de quien no en balde es uno de los más caracterizados representantes de la ciencia política y de los estudios sobre relaciones internacionales. Por todo eso, creo que este libro ofrece una muy importante contribución a la renovación de la teoría de la democracia, también en el orden internacional y no sólo una reflexión que ayuda a entender lo que estaba y está en juego en la denominada primavera árabe.

REVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS QUE SON REVOLUCIONES SOCIALES, LUCHAS POR LA IGUALDAD Y EL RECONOCIMIENTO.

Antes de publicar su aportación, Sami Naïr había presentado ya en diversas conferencias y artículos en prensa su interpretación sobre la naturaleza de las revueltas y la complejidad que impide reducirlas a un solo modelo, también por las diferencias entre los regímenes contra los que se alzan: de Libia a Siria, pasando por Yemen, Marruecos y Argelia. Egipto y Túnez son dos casos muy distintos. Pero sí hay un rasgo que considera decisivo: se trata de «estallidos revolucionarios democráticos, potencialmente impregnados de elementos de revoluciones sociales... Son revoluciones democráticas que llevan en sí reivindicaciones sociales radicales». Más concretamente, como señala en el capítulo dedicado a la «refundación del vínculo republicano», la revolución de Túnez es, a su entender, «una revolución democrática que discurre en paralelo a la revolución social... o, mejor, a una reorganización de las relaciones sociales, a un reparto menos desigual de la riqueza». O, como sintetiza en otra fórmula plástica, «el levantamiento de una generación castigada por el desclasamiento social y por el desempleo» y por eso sostiene que la lucha popular de los tunecinos gira en torno a «la construcción de un Estado social redistribuidor de riqueza a la manera keynesiana». Pero lo que la singulariza es algo aún más particular, como le hizo notar a Naïr su amigo el arquitecto tunecino Wassim Ben Mahmoud: la importancia de la *karama*, la dignidad. Esa es una de las hipótesis más brillantes del libro, por su sencillez y profundidad: la identificación del papel de la dignidad como *mecha revolucionaria*.

En efecto, si la revolución de los jazmines puede ser caracterizada por un factor que actúa como motor, es por éste, la lucha por la *karama*, la dignidad, frente al miedo y la *hogra*, la humillación. Ese concepto de *hogra*, en realidad, es más complejo que el de humillación: equivale a menosprecio e injusticia a la par, y a mi juicio tiene mucho

que ver con el de *Mißachtung* de Axel Honneth, el menosprecio. La *hogra* es un concepto que expresa ante todo un sentimiento de impotencia del dominado ante el desprecio y la arrogancia del dominador. Pero también un sentimiento ancestral heredado del feudalismo y que el periodo colonial no hizo otra cosa que reforzar. Y, por último, un sentimiento que incluye asimismo la sed de justicia. Así ha sucedido en Túnez, Egipto, Yemen, y, en menor medida, en Marruecos. Además, esa relación dialéctica es algo fácil de entender tras la lectura del primer capítulo en el que Naïr describe lo que llama «el incendio», esto es, la inmolación del joven Mohamed Bouazizi, que se quemó a lo bonzo el 17 de diciembre de 2010 en su ciudad natal de Sidi Bouzid, después de lo que Naïr califica como «bofetada». Porque la bofetada, la humillación que sufre a manos de la policía que le impide la venta ambulante (el único recurso para vivir que tiene ese universitario en paro y sin expectativas de futuro), es la espoleta que le hace reivindicar su dignidad hasta el extremo del sacrificio.

La revolución tunecina apunta a ese objetivo de dignidad porque se presenta sobre todo como una lucha democrática contra una mafia, contra el poder corrupto, envilecedor y humillante, de un clan, el que Naïr identifica con las siglas BAT (clan de Ben Ali y la familia Trabelsi). Precisamente creo que uno de los grandes atractivos de este libro es el análisis que ofrece Naïr en la segunda y tercera parte, sobre la estructura del clan mafioso BAT y sobre su proceso de disgregación, sin el que hubiera sido mucho más costosa la victoria de la revolución. No conozco ningún trabajo que demuestre con tantos datos cuál era la raíz del régimen y hasta qué punto se sostenía en eso, una estructura que no puede ser denominada sino como mafia, desde la analogía con la familia, la infiltración en todas las estructuras del poder, el dominio de los negocios y la confusión de lo público y lo privado (*familiar*). Una estructura que se asentaba también en el consentimiento de la gran burguesía tunecina, de modo que cuando pierde el favor de ésta, porque ya no le es útil y se descontrola, tiene sellado su destino.

Las páginas en las que Naïr utiliza lo que denomina «lupa americana» (los telegramas que desde 2008 a 2010 envía a la Secretaría de Estado de los EEUU el Embajador William Hanson, sacados a la luz por Wikileaks) para explicar cómo creció el clan, cómo se ha institucionalizado la corrupción como «hecho social total», como sustituto del vínculo social, ocupan el núcleo del libro porque explican la contaminación del Estado tunecino que creó Bourghiba, como consecuencia del régimen impuesto por el BAT. Esa segunda y tercera parte del libro evoca no sólo, como él mismo señala, el argumento de *Los negocios del señor Julio César* de Bertolt Brecht, sino que también, a mi juicio, podría remitirnos a ciertas páginas del extraordinario *Honrarás a tu padre*, del maestro norteamericano del periodismo Gay Talese, en las que este narra el auge y declive de la familia Bonano en los EEUU.

Particularmente esclarecedores son los apartados en los que Sami Naïr explica el papel desempeñado por dos instituciones clave y tratadas de forma antagónica por Ben Alí: la policía y el Ejército, que mantuvo una sorda pugna con el dictador, culpable de silencio, como sentencia Naïr, y no totalmente redimido con la actuación del ministro de Defensa Grira y el general Ammar que, aparentemente, resisten la pretensión del general de la guardia presidencial Sariati, partidario en determinado momento de disparar a la población (algo que ha hecho sin escrúpulos en Siria Bachar Al Sadad).

DE LA INDIGNACIÓN A LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA.

Es un lugar común la comparación entre los movimientos de los indignados y los protagonistas de las revueltas de la primavera árabe. Se invoca a ese respecto la tesis de Jacques Rancière (*La haine de la démocratie*) sobre la desafección que experimentan las generaciones más jóvenes en países de tradición democrática (pero no sólo hay jóvenes entre los indignados), la desconfianza hacia el sistema, y la radical desafección de los representantes más activos de la sociedad civil en los países árabes respecto a su sistema. Son evidentes las diferencias por más que la desconfianza se encuentre en el núcleo mismo del mecanismo democrático moderno: desconfianza hacia el poder que impone su división, su control mediante la separación de poderes y la sumisión al Derecho, aunque estos mecanismos se revelan ya insuficientes. Por supuesto que el proceso mismo de la revolución es eminentemente cívico por parte de sus protagonistas. Uno de los ejemplos más claros es el papel de las redes sociales (no sólo en Túnez), de los *blogueros*, como el responsable de la página web www.nawaat.org, Hamadi Kaloutcha, o los muy reconocidos Aziz Amamy o Silm Amamou.

Pero ese protagonismo de la sociedad civil tunecina no está exento de problemas. El principal deriva de la incertidumbre ante el período que seguirá ahora, tras la victoria del partido *EnNahda* (*Renacimiento*), que pondrá en la agenda temas que exceden e incluso pueden entrar en colisión con esos objetivos. En efecto, ese «mundo nuevo», el futuro Túnez del que se ocupa la cuarta parte del libro, habrá de lidiar con el proyecto de elevar a prioridad de la agenda el tema de la identidad islámica. Aparecen, con ello, las dificultades de creación de una democracia que se quiere fiel al Islam, pero no es simplemente una reproducción del modelo turco del partido AKP de Raci Erdogan, como han apuntado superficialmente algunos analistas.

Naïr no ahorra el punto de vista crítico sobre las dificultades, porque conoce bien la tensión que subyace a los diferentes agentes de la revolución: un arco que va desde el proyecto de refundación del vínculo republicano que renueva una sociedad civil con fuerte tradición laica e incluso igualitaria en el estatuto de la mujer, a las sombras de un régimen en el que determinada interpretación del Islam actúe como fundamento y barrera que estrecha el pluralismo hasta ahogarlo.

Sí, porque en la revolución hay estas dos almas. De un lado, una sociedad que se ha batido en defensa del reconocimiento y garantía de los derechos humanos, como ejemplifica la figura de Yadh Ben Achour, Es un movimiento que hace del Derecho, del Estado de derecho, los derechos humanos y la democracia, su argumento fundamental. En ese sentido, se sitúa en lo que Naïr, con Glissant, denomina la «mundialidad», una noción que, como él mismo escribe, «apunta a una nueva identidad en proceso de formación... una identidad que se contrapone a la idea de 'autenticidad'» y que nos propone un contenido muy claro, pues «se refiere a los derechos humanos, la ciudadanía, la igualdad de oportunidades».

Pero de otro, sería suicida ignorar la pujanza de una corriente entre los líderes de *EnNahda*, que podemos entender a partir del análisis de declaraciones, entrevistas y propuestas de los principales dirigentes de ese proyecto de *Renacimiento* propuestos por Naïr. Una corriente que expresa su líder Rached Ganouchi, y que puede efectivamente esconder, como señala el mismo título del capítulo 6, «El sueño teocrático secreto» que sería posible

en la medida en que como vuelve a escribir Naïr, «la estrategia islamista sabe adaptarse a las circunstancias: durante la dictadura apuesta por la clandestinidad. Durante la democracia opta por la progresión gradual». O, como declaraba el líder Ghanouchi en la revista *Jeune Afrique*, en diciembre de 2010, «Alcanzaremos nuestros objetivos por etapas, pero por encima de cualquier cosa somos defensores del Islam». La importante victoria de EnNahda, que ha obtenido más del 40 % de los votos en las elecciones, refuerza la preocupación, por más que se debe sobre todo a un error estratégico desde el punto de vista de la campaña electoral y no tanto a un apoyo tan contundente de la población. Como han subrayado a mi modo de ver con acierto en un reciente artículo en *Le Monde* la profesora del IFG (Institut Français de la Géopolitique) Barbara Loyer y Isabelle Feuerstoss, investigadora del mismo instituto¹. En efecto, mientras EnNahda supo concentrar en un solo partido a todos los islamistas, pese a su abanico plural, enfrente se situaron más de 40 partidos en su mayoría laicos, con una diversidad de opciones ideológicas que abarca desde las fuerzas heredadas del régimen anterior a los diferentes partidos de oposición.

Sin embargo, eso no significa necesariamente un pronóstico pesimista. No lo es, porque Sami Naïr entiende que se ha producido una inflexión radical en los ciclos del «tiempo histórico árabe» que hasta ahora permitía la existencia de regímenes dictatoriales. Las nuevas revoluciones sociales y políticas anuncian otro tiempo, el que, como hemos visto, denomina mundialidad, que supone la entrada rápida, brusca incluso, de las sociedades árabes en la modernidad, la «autonomía de las clases medias que avanzan políticamente en el interior de un sistema social globalizado», la aparición de un «sujeto individual libre», ya no subsumido en los vínculos religioso-identitarios. Porque hay un nuevo objetivo: la construcción del Estado de Derecho como primera tarea de los ciudadanos.

En cualquier caso, se trata de un proceso no solo inconcluso, sino relativamente abierto. Y como subrayaba recientemente Frédéric Charillon, profesor de ciencia política y director del INSERM (*Institut de Recherches Stratégiques de l'École militaire*), hay tres tests que nos permitirán evaluar ese proceso de democratización en el futuro inmediato: el desarrollo del pluralismo, la normalización de los partidos religiosos en la vida democrática y, desde luego, la forma en que Europa va a reinventar su relación con las nuevas clases políticas del mundo árabe. ■